FICHA DE LECTURA

Realizada por Pierre Collonges

«El Gran Saqueo»

Tomo II – La campaña de Egipto

Novela de Robert Casanovas

1. Ficha técnica

Título : El Gran Saqueo — Novela histórica en cuatro tomos. Tomo II «1798-1801 – La campaña de Egipto»

Autor : Robert Casanovas

Género : Novela histórica de vocación documental y crítica, basada en investigaciones reales

Edición : Edición definitiva revisada y corregida, depósito legal de abril de 2026, versión digital y en papel

ISBN : 978-2-488999-29-8

Estructura : Advertencia, seguida de cuatro grandes capítulos divididos en veintiocho secciones numeradas

Época : Desde mayo de 1798 (salida de Tolón) hasta el otoño de 1801 (regreso a Francia), con una coda que llega hasta la publicación de la Description de l'Égypte (1809-1829)

Lugares principales : Tolón, Malta, Alejandría, El Cairo, Guiza, Saqqara, Dendera, Tebas, el Valle de los Reyes, Asuán, Filé, Rosetta, París

Serie : Continúa el Tomo I («El nacimiento del sistema»). Se inscribe en la obra del autor dedicada a los expolios de obras de arte (La habitación robada, El testamento era una falsificación, Pillaje)

Cubierta : Reproducción de la piedra de Rosetta insertada en un teatro de óptica, en el Museo Champollion de Vif (Isère, Francia), fotografía del 17 de julio de 2022 (Julien Peytard)

Sitio asociado : www.international-restitutions.org

2. Presentación general

El Tomo II de El Gran Saqueo sigue la expedición de Egipto desde el punto de vista de los sabios, los dibujantes y los ingenieros embarcados con Bonaparte. No relata la campaña militar por sí misma —las batallas de Abukir y de Heliópolis se tratan en unas pocas páginas, casi al modo de la crónica—, sino lo que ocurre a su sombra. Un cuerpo de «comisarios» y de científicos describe, mide, copia, compra, extrae y por último embala el Egipto antiguo para transportarlo a París. El hilo conductor es una pregunta que la novela se niega a zanjar con una sola palabra. ¿Dónde termina la recolección erudita y dónde empieza el saqueo?

La Advertencia sitúa el libro bajo el signo de una ficción apoyada en la investigación (véase el apartado 6). La novela avanza desde Alejandría hasta Filé, y luego desde la piedra de Rosetta hasta la capitulación de 1801, cuando los ingleses reclaman a su vez lo que los franceses creían haber salvado. Denon, Jomard, Fourier, Geoffroy Saint-Hilaire y algunas figuras inventadas o poco documentadas, como el intérprete Hassan o el wakil del canal de Guiza Abdallah ibn Youssef, sostienen por turno esta interrogación.

3. Resumen capítulo por capítulo

Capítulo I — El Oriente en armas

De Tolón a Malta. El 19 de mayo de 1798, la escuadra zarpa de Tolón. A bordo van Berthollet, Monge, Jomard, Fourier y Denon. Berthollet ve en la «expedición científica» una «operación de adquisición». Durante la travesía, a bordo del Orient, Bonaparte afirma que lo que se tome en Egipto «hace mucho que no tiene propietario vivo». Berthollet le responde en voz baja que eso no significa que no haya propietario. Malta capitula el 12 de junio.

Denon impide que descuelguen el Caravaggio, pero los cuadros de caballete se los llevan. Desde el principio, la novela fija su regla. Se toma lo que se puede transportar, y después se justifica.

De Alejandría al Nilo. El 1 de julio, Alejandría decepciona, pues no es más que una pequeña ciudad de chozas. Jomard mide la columna de Pompeyo y Denon la dibuja desde tres ángulos. Bonaparte hace traducir al árabe su proclama a los «Pueblos de Egipto». A partir del 6 de julio, el ejército cruza el desierto, a cuarenta grados a la sombra, antes de llegar al Nilo. Más tarde, en el mercado de Saqqara, unos campesinos venden a los soldados estatuillas y amuletos. Denon compra un ushebti. El intérprete Hassan traduce las palabras del vendedor, para quien aquella es «la tumba de su antepasado». Traduce las palabras, pero no el tono.

La batalla de las Pirámides. «Soldados, desde lo alto de estas pirámides, cuarenta siglos os contemplan», lanza Bonaparte a sus soldados el 21 de julio. Los sabios son colocados en medio de los cuadros de infantería. Denon dibuja a ciegas desde el interior del cuadro, y luego las pirámides con los muertos en primer plano. Murad Bey se repliega y El Cairo cae el 24 de julio. A la mañana siguiente, Jomard entra en la Gran Pirámide con Monge y Denon. Se cruzan con un joven soldado que se lleva un escarabeo. Jomard presiente que ese gesto es de la misma naturaleza que sus propias adquisiciones. Solo cambia el grado.

La batalla de Abukir. El 1 de agosto, Nelson destruye casi toda la flota francesa en la bahía de Abukir. El ejército queda ya prisionero de Egipto. La noche del 14 de agosto, al conocerse el desastre, Jomard inspecciona las colecciones almacenadas en las dependencias norte del palacio de Hassan-Kashif. Encuentra allí veintitrés cajas sin etiqueta, cuyo contenido nadie conoce. Las anota en su diario personal y no habla de ellas con nadie. El regreso se ha vuelto incierto. Geoffroy comprende pronto que lo que vuelva dependerá de lo que pueda viajar.

El Instituto de Egipto. El 22 de agosto, Bonaparte funda el Instituto de Egipto. Monge es su presidente. Abre la primera sesión con estas palabras. «Estamos aquí para comprender, amigos míos. No para conquistar —otros se encargan de ello muy bien—. Les pido que no lo olviden nunca.» Jomard mide los vestigios de Menfis y el templo de Ptah. Un anciano dibuja en el polvo cómo se arrastraban las estatuas gigantes. Geoffroy Saint-Hilaire diseca peces del Nilo. A principios de noviembre, Berthollet hace el balance de tres meses de trabajo.

La revuelta de El Cairo. El 21 de octubre, El Cairo se subleva. La artillería bombardea los barrios insurrectos y la represión dura tres días. Los sabios permanecen atrincherados en el Instituto. El 24 de octubre, Denon sale a dibujar por las calles devastadas. Ante una tienda reventada, piensa en los comisarios que llenan sus listas. «El mismo gesto, sin los criterios ni el discernimiento. Aquí se decía saquear, allá coleccionar.» Denon ve, con Hassan, a dos soldados vaciar una tienda de tejedores bajo la mirada muda de su propietaria. Monge dice a Bonaparte que la fuerza no bastará para gobernar. «Ocupar bastará. Para lo que quiero hacer», responde Bonaparte.

La Esfinge y las necrópolis. En noviembre, Denon dirige una expedición a la Esfinge y después a Saqqara, donde Jomard mide la pirámide escalonada. Berthollet estudia las resinas de las momias y el natrón de los lagos de Natrún. Ante los ibis momificados, idénticos a los ibis actuales, Geoffroy recuerda que Cuvier ve en ello la prueba de la fijeza de las especies. Lamarck juzga, al contrario, que tres mil años son un plazo demasiado corto para que se vea un cambio. Berthollet concluye que ninguno de los dos podrá probarlo. «Nosotros nos llevamos lo que creemos conocimiento», escribe Denon a propósito de una esquirla de granito.

Los debates científicos. En la sesión del 16 de noviembre, Monge defiende la medida y Fourier el sentido. Bonaparte zanja. Hay que tener las dos cosas. Cada uno presenta sus trabajos. Venture de Paradis, el intérprete de la expedición, expone la diferencia entre el árabe hablado y el árabe del Corán. «Se transmite primero, de memoria. El sentido viene después», concluye Fourier. «Denon abrirá el camino», anuncia Bonaparte a propósito del Alto Egipto. En un pasillo, Fourier pregunta a Denon si piensa llevarse los objetos. Denon responde que algunas cosas deben viajar para ser vistas. Por la noche, Berthollet advierte a Bonaparte de que la partida se hará con prisa y de que solo partirá lo que ya esté en las cajas.

Capítulo II — La remontada del Nilo

Dendera. El 16 de diciembre de 1798, la división de Desaix deja Beni Suef rumbo al sur. Bonaparte ha dado a Denon una lista de cuatro páginas y ha fijado su regla. «Francia no saquea. Selecciona, documenta y conserva. Los soldados saquean.» Denon llega a Dendera el 25 de enero de 1799 y volverá en mayo para dibujar el zodiaco a la luz de una vela. Jomard juzga posible la extracción del zodiaco, aunque muy larga («quizá dentro de treinta años»). Descubre la lista que lleva el sargento mayor Aubert, más de ochenta líneas solo para el batallón de cabeza, y calcula en unos doscientos los objetos salidos de ese solo templo, y en dos mil quinientos, «estimación baja», los de toda la campaña. Vasseur, matemático de la Comisión, que rellena sus formularios en el patio del templo, considera la cifra «exacta, o cercana a la realidad». «Eso no es una razón», responde Jomard.

Tebas. El 27 de enero, la expedición acampa frente a Tebas. En Karnak, Jomard comprende que el eje del templo está orientado hacia la salida del sol en el solsticio de invierno. Fourier confirma que su cálculo es correcto. En Luxor, Desaix pregunta si se podrían llevar los obeliscos. Pesan doscientas treinta toneladas cada uno y la idea se aplaza. Denon se queda para sí un rostro de Osiris de bronce dorado, sin declararlo. Un anciano, hijo y nieto de guardianes del templo, le dice que, cada vez, los ejércitos «se llevan piedras». De noche, Jomard descubre el tráfico de Hassan, que se queda una comisión de todas las ventas.

El Valle de los Reyes. El 29 de enero, Jomard triangula el Valle de los Reyes. Jollois observa que, al hacerse mostrar las tumbas por los guías, con un ejército y cuadernos, los sabios aceleran el saqueo. En una tumba, Denon coge un papiro del Libro de los Muertos y luego un segundo papiro de manos de un soldado. «Cogido el papiro antes que el soldado», anota. Jomard escribe en su diario que la diferencia entre colección y saqueo reside en el destino, no en el acto. Ante los colosos de Memnón, al día siguiente, constata que solo lo que no se puede llevar conserva su sentido.

Asuán. Entre Tebas y Kom Ombo, Jollois ve a un soldado apretar sobre su mula un saco del que sobresale un bajorrelieve. El 1 de febrero, en Kom Ombo, el cirujano Bruyant reconoce instrumentos quirúrgicos en los muros del templo. La mañana de la partida, dos suboficiales fuerzan a mazazos una losa del santuario. Desaix manda llamar al capitán Lachèze, recuerda que no se toca nada sin orden escrita y luego confiesa que esas reglas son insuficientes. La losa desaparece cuando la columna se pone en marcha. Jollois, por su parte, copia en una capilla vecina una inscripción cursiva. El 2 de febrero, la columna llega a Asuán.

Filé. A lo largo de febrero, Denon, acompañado de Hassan, llega a Filé en faluca. Denon podría hacer desmontar algunos bloques del quiosco de Trajano. Renuncia, no por escrúpulo, sino porque se niega a destruir lo que lo conmueve. Tras partir de Asuán el 25 de febrero, Denon tarda nueve días en llegar a Hermontis. Unos soldados se pelean por una figurita y unos fellahs solo levantan su barrera a cambio de treinta y cinco piastras. En Hermontis, Denon compra por cinco piastras un fragmento recién cortado del muro. Regresa a El Cairo, pero Bonaparte, vuelto de Siria a mediados de junio, ya ha dejado la ciudad rumbo a la costa.

La piedra de Rosetta. El 15 de julio de 1799, el teniente Bouchard descubre cerca de Rosetta una estela de granodiorita negra cubierta con tres escrituras. Marcel y Raige la leen. El texto griego es un decreto en honor de Ptolomeo V. Marcel hace numerosas improntas y envía una parte a Europa. El 9 de agosto, compara las menciones griegas de «Ptolomeo» con los cartuchos y supone que un cartucho es un nombre propio. «Han encontrado la clave del Egipto antiguo con un texto sobre impuestos. Me gusta», resume Kléber.

Negociaciones, victoria y muerte de Kléber. El 18 de agosto, Bonaparte abandona Egipto en secreto con Denon, Monge y Berthollet. Kléber asume el mando. Jomard cuenta noventa y seis cajas, es decir, setenta y tres oficiales y veintitrés todavía sin etiqueta. La convención de El Arish, firmado el 24 de enero de 1800, prevé la evacuación con las colecciones. Pero en marzo de 1800, el almirante Keith se niega a ratificarla, y Jomard vuelve a contar las cajas. Faltan treinta y tres y quedan sesenta y tres. Kléber derrota a los otomanos en Heliópolis el 20 de marzo. Es asesinado el 14 de junio de 1800. Menou le sucede.

Capítulo III — El tiempo de los sabios

Las últimas campañas. Menou asume el mando y no cambia nada en los trabajos del Instituto. En la sesión de junio, Jomard defiende el documento frente al monumento. Afirma que hay que «sustituir el monumento por un documento que viaje mejor». El 25 de junio de 1800, parte una expedición a Tanis y Bubastis. Geoffroy toma allí seis momias de gatos. Jollois desliza en su bolsa un pequeño sarcófago de gato de bronce. En otoño, copia en tres días un salterio que los monjes coptos se negaban a vender.

El Delta y la ciudad. La muerte de Desaix en Marengo, el 14 de junio de 1800, llega a El Cairo a principios de octubre. Jollois conserva la navaja que Desaix le había prestado en diciembre de 1798 y que nunca devolvió. En el Delta, en Sais y en Buto, no hay nada que llevarse, pues los bloques están en los muros de las casas de los fellahs. Menou quiere orientar los trabajos hacia el Egipto islámico, y se llega a un compromiso. Una mañana de noviembre, Jollois ve a un soldado tomar en quince segundos una Isis de bronce del nicho de una casa copta. Solo puede dibujar el nicho vacío.

La agricultura y el riego. Durante el invierno de 1800-1801, Conté presenta al Instituto las técnicas de riego egipcias. Jollois conoce a Abdallah ibn Youssef, responsable del canal de Guiza desde hace dieciséis años, y trae setenta y dos saquitos de limo. «Sus tierras, sus estatuas… Es lo mismo. Tomamos lo que nos interesa y lo llamamos ciencia», observa Conté. Jollois responde que se puede tomar limo sin empobrecer un campo, pero que el Nilo no devuelve las estatuas. Abdallah dice que la escritura no sustituye a mil años de práctica. Le muestra cuatro bloques inscritos hallados al limpiar el canal. Jollois los dibuja y se lleva el más pequeño.

El tiempo que se estrecha. El 8 de marzo de 1801, dieciséis mil británicos desembarcan en Abukir. La Comisión decide duplicarlo todo para salvar sus trabajos. Marcel lleva un registro de sus compras. Jollois manda hacer calcos. Jomard vuelve a copiar sus mediciones topográficas más recientes en nueve días y Geoffroy dibuja sus especies. En el debate moral de abril, Jomard distingue tres naturalezas de objetos, entre ellos los sacados de las tumbas y de los templos. «Esos pertenecían a Egipto. Los hemos tomado.» «Nos los quedaremos. Publicaremos», concluye Jollois, y Fourier reconoce que, sin publicación, nada de lo que han hecho se justifica. El 20 de junio, Jollois cuenta 2 087 dibujos.

La derrota de El Cairo. El 27 de junio de 1801, Belliard negocia la capitulación de El Cairo. El convenio deja salir al ejército con «sus armas y su equipaje», sin decir nada de las colecciones. La cláusula que de verdad las amenazará, el artículo dieciséis, no se firmará hasta septiembre en Alejandría. Fourier juzga vaga la palabra «equipaje» y busca lo que no cubre. El 30 de junio, el mercader Suleiman al-Qabbani vende a Marcel veintidós ushebtis, cinco escarabeos y tres amuletos de oro, que este inscribe en su inventario personal. Geoffroy amenaza con quemar sus colecciones si se las confiscan. «Se llevarán los originales. Nosotros, las copias. Y las copias… son ellas el verdadero botín», resume Fourier. La partida tiene lugar a mediados de julio, diecisiete días después del convenio.

El descenso hacia Rosetta. Trece mil soldados, entre ellos cinco mil enfermos o convalecientes, doscientos civiles y los sabios salen de El Cairo bajo el mando del general Damas. El primer día, una patrulla otomana reclama las cajas en nombre de Egipto, y Damas la aparta. Un desertor de Lyon, puesto en grilletes, confía a Geoffroy que no quiere ver lo que va a pasar con los ingleses. El sexto día, una tormenta de arena se abate sobre la columna, y el séptimo se cruzan con refugiados coptos. El undécimo día, dos oficiales británicos quieren inspeccionar los equipajes, y Damas se niega. La columna llega a Rosetta a finales de julio, tras doce días de marcha, con sesenta y tres cajas. Los sabios alcanzan luego Alejandría por mar.

Capítulo IV — La debacle y el regreso

Las grandes antigüedades. El 3 de septiembre de 1801, Hamilton y Clarke se presentan para tomar posesión de las colecciones. Clarke cuenta las sesenta y tres cajas. El 4 de septiembre, las grandes antigüedades se inscriben en el registro. Se trata del sarcófago de Nectanebo II, de una estatua del gran sacerdote de Amón, de un puño

colosal y de estelas. La piedra de Rosetta, que no aparece, se inscribe a título provisional y luego se encuentra esa misma noche entre los equipajes de Menou. Fourier no discute ese derecho. Solo pide que la historia recuerde que la Comisión descubrió estas piezas. Jollois comprende que Gran Bretaña hace aquí lo que Francia hizo en Italia. La cadena es larga.

Las colecciones salvadas. Los instrumentos científicos son reconocidos como propiedad personal. El 9 de septiembre, cuando Clarke avanza sobre las colecciones de Geoffroy, este amenaza con prender fuego a sus cajas. Clarke retrocede. Hamilton acepta que la Comisión publique sus dibujos, a condición de enviar un ejemplar al British Museum. Las pequeñas antigüedades se reparten por mitad. Los franceses se quedan con algunas momias de animales y una momia humana, los británicos con las mejores momias reales o nobles. Marcel conserva sus improntas. Jollois conserva sus dibujos, y las monedas quedan para los sabios, salvo una quincena de piezas.

La ética de los expolios. El 18 de septiembre, Hamilton viene a cenar solo y anuncia que el sarcófago de Nectanebo parte al día siguiente. Jollois responde que dentro de cien años un egipcio tendrá que ir a Londres para verlo. Geoffroy recuerda que no fue Egipto quien los invitó. Fourier pregunta qué respondería el British Museum si Egipto reclamara algún día sus bienes. «No puedo comprometer el siglo próximo», responde Hamilton.
El 22 de septiembre, el mercader Mahmoud al-Tawil reclama ocho estatuillas que se le habrían robado. Hamilton se niega a devolverlas, y el mercader solo pide que se anote su nombre. El acta se firma esa misma noche.

Las despedidas. Los últimos días de septiembre se dedican al embalaje. Jollois termina el índice de sus 2 087 dibujos y las cajas se precintan el 27 de septiembre. El 31 de octubre, los sabios reciben la orden de embarcar, y Hamilton entrega los salvoconductos a Jollois con estas palabras. «Y yo le deseo que haga buen uso de lo que se lleva.» No volverán a verse jamás. El 1 de noviembre, Jollois se despide de un jeque de Alejandría, y luego comienza el embarque. Guarda sus tubos de cobre en su camarote, sobre su litera.

La travesía. El mar está agitado los primeros días. Jomard constata que las bases de las grandes pirámides son un poco más largas de este a oeste que de norte a sur. Plantea que los constructores tenían en cuenta la medida de la Tierra. Esta hipótesis lo entusiasma tanto como lo asusta, pues supone un saber perdido. Fourier rompe once comienzos de prefacio antes de empezar por el Nilo. El navío hace escala en La Valeta el 10 de noviembre, donde ondea la bandera británica. Francia aparece el 17 de noviembre.

El regreso a Francia. El 19 de noviembre de 1801, el navío fondea en la rada de Tolón, tres años y seis meses después de la partida. Las cajas de la Comisión son tratadas como un cargamento de harina. Fourier redacta el informe oficial y solo menciona las pérdidas en una nota anexa. En París, el 8 de diciembre, no hay desfile ni recepción. El 15 de diciembre, Fourier es recibido por Bonaparte en las Tullerías, quien convierte la Description en un proyecto de Estado. En febrero de 1802 se nombra una comisión de redacción, Conté pasa a ser su comisario general y Fourier se reserva el prefacio histórico. Denon es nombrado en noviembre de 1802 director general del Museo Central de las Artes. Una treintena de miembros de la Comisión han muerto en Egipto.

El trabajo comienza. Un año después de su regreso, Jomard transcribe sus apuntes en su habitación de la rue de la Croix-Faubin. La Description de l'Égypte se anuncia colosal, con 894 láminas, unos cuatrocientos grabadores y veintitrés volúmenes aparecidos de 1809 a 1829. El narrador resume el balance en una frase. «Las estatuas en Londres, el saber en París.» Fourier tacha las frases líricas de las notas de Jollois, que las restituye. Dejan que convivan los dos tonos. El 31 de diciembre de 1802, Jollois mira sus veintitrés tubos de cobre, sale a ver Orión en la calle y luego vuelve a entrar para retomar su nota sobre Karnak. El Tomo II termina con la amenaza de las campañas por venir. Para Denon, en el Louvre, «el trabajo no hacía más que empezar…»

4. Personajes principales

Dominique-Vivant Denon *(dibujante, futuro director de los museos)*

Mirada central de la primera mitad de la novela. Dibuja las pirámides con los muertos en primer plano, salva el Caravaggio de Malta y toma el papiro del Valle de los Reyes. Abandona Egipto en agosto de 1799 con Bonaparte.

Napoleón Bonaparte *(general en jefe)*

Figura a la vez lejana y determinante. Entrega a Denon una lista de cuatro páginas y formula los «tres niveles» de legitimidad (véase el apartado 5). Abandona Egipto en secreto el 18 de agosto de 1799.

Gaspard Monge *(matemático)*

Presidente del Instituto de Egipto. Defiende la medida frente al sentido que reclama Fourier.

Claude-Louis Berthollet *(químico)*

Llama a la expedición «operación de adquisición». Estudia las resinas de embalsamamiento, el natrón y los equilibrios químicos.

Jean-Baptiste Fourier *(matemático)*

Voz del sentido y de la síntesis. Organiza la copia sistemática de los trabajos y redacta el prefacio de la Description. Muere en 1830.

Edme-François Jomard *(ingeniero geógrafo)*

Observa, mide, calcula. Defiende la hipótesis de los cartuchos y la geodesia de los monumentos.

Prosper Jollois *(ingeniero)*

Ingeniero y dibujante de la Comisión. Copia, calca y, en 1801, defiende sus cuadernos y sus dibujos frente a los británicos.

Étienne Geoffroy Saint-Hilaire *(naturalista)*

Defensor de las colecciones zoológicas. Su amenaza de incendiar sus especímenes ante los británicos es uno de los momentos álgidos de la novela.

Jean-Joseph Marcel *(orientalista)*

Autor de las improntas de la piedra de Rosetta y de un registro de 162 entradas. Conserva la huella cuando los objetos son confiscados.

Louis Desaix *(general)*

Conquistador del Alto Egipto, conduce la columna hacia el sur. Muere en Marengo.

Jean-Baptiste Kléber *(general)*

Sucesor de Bonaparte. Es asesinado en El Cairo el 14 de junio de 1800 por Soleyman el-Halabi.

Vasseur (matemático de la Comisión)

En Dendera, rellena sus formularios de adquisición oficial al aire libre, lo que distingue la recolección del saqueo de los soldados. Jomard se mantiene escéptico.

Nicolas-Jacques Conté *(ingeniero e inventor)*

Presenta al Instituto la hidráulica egipcia. Muere en 1805.

Hassan *(intérprete)*

Intérprete de El Cairo. Traduce, se queda una comisión de las ventas y ve sin poder actuar. Muchas de las palabras egipcias de la novela pasan por él.

Abdallah ibn Youssef *(wakil del canal de Guiza)*

Poseedor del saber del riego, recuerda que la escritura no sustituye a la experiencia.

William Richard Hamilton y Edward Daniel Clarke *(Hamilton, comisario británico, y Clarke, anticuario)*

Reclaman las grandes antigüedades en 1801 invocando el artículo 16 del convenio de capitulación.

Menou *(general)*

Comandante tras Kléber, convertido al islam, mantiene Alejandría hasta la capitulación de 1801.

Aubert, Mahmoud al-Tawil, Suleiman al-Qabbani, el desertor de Lyon *(figuras inventadas o poco documentadas)*

Personajes cuyo anclaje histórico no se establece en el texto. Sirven de voz a lo que las fuentes callan.

5. Temas principales

Recolección y saqueo, una diferencia de nombre y no de gesto

Todo el Tomo II se sostiene en el pensamiento que Denon formula durante la revuelta de El Cairo. El gesto es el mismo y solo cambia el nombre. La distinción que reivindica Bonaparte (los soldados saquean, Francia selecciona) es retomada, discutida y puesta a prueba por los hechos.

Los tres niveles de legitimidad

La lista de cuatro páginas de Bonaparte, las autorizaciones de los sabios y después la impotencia ante los soldados forman una escala de justificaciones sucesivas. Lo que el sabio cree salvar, el general lo ordena y el soldado se lo lleva.

El peso decide lo que parte

La novela reduce las decisiones patrimoniales a cuestiones de transporte. Lo que se desplaza es lo que es desplazable. El peso, más que el valor, determina lo que sale de Egipto.

El objeto y la información

Ante la pérdida, los sabios multiplican copias, dibujos, calcos e improntas. La segunda mitad del Tomo II de la novela pasa de la extracción de objetos a la captura de saber.

Saber local y saber erudito

El ingeniero francés aprende del wakil que la escritura no sustituye al gesto. La novela muestra a los sabios dependiendo de un saber que pretenden limitarse a recoger.

La ciencia al servicio de la ocupación

Instituto, talleres, mapas. La ciencia es uno de los instrumentos de la presencia francesa. El libro no la denuncia, pero muestra que sirve.

Los egipcios sin voz

Casi siempre mediada por el intérprete, la palabra egipcia es escasa en la novela. Este silencio es también un tema, puesto que los propietarios del patrimonio no se sientan en las comisiones.

Los expoliadores expoliados

El último capítulo muestra a los británicos tomando a su vez lo que los franceses habían tomado. La lógica de la razia no se detiene en una nación.

6. Parte documentada y parte inventada

El marco de los acontecimientos descansa en hechos atestiguados, entre ellos la batalla de Abukir, la fundación del Instituto de Egipto, el descubrimiento de la piedra de Rosetta, el asesinato de Kléber, la victoria de Heliópolis, el artículo 16 del convenio de capitulación de Alejandría, el enfrentamiento con Hamilton y Clarke, la amenaza de Geoffroy Saint-Hilaire, el nombramiento de Denon como director de los museos y la publicación de la Description de l'Égypte. En cambio, personajes, escenas y diálogos han podido ser imaginados, como precisa la Advertencia.

Una zona permanece difusa. Las veintitrés cajas sin etiqueta, entrevistas por Jomard después de Abukir, nunca se aclaran y siguen siendo un misterio. El anclaje histórico de los personajes inventados o poco documentados se señala en el apartado 4.

7. Citas destacadas

«Lo que Bonaparte llamaba expedición científica, Berthollet lo llamaba, en sus notas privadas y con más exactitud, operación de adquisición.»

«El mismo gesto, sin los criterios ni el discernimiento. Aquí se decía saquear, allá coleccionar.»

«La distinción entre colección y saqueo es una distinción de destino, no de acto. Nosotros recogemos para París. Ellos saquean para sí mismos. El Valle de los Reyes no hace la diferencia.»

«No el valor. No la importancia histórica. El peso.»

«Se llevarán los originales. Nosotros, las copias. Y las copias… son ellas el verdadero botín.»

«No seré yo quien responda. Será otro, en otras circunstancias. No puedo comprometer el siglo próximo.»

«Las estatuas en Londres, el saber en París.»

8. Análisis crítico

Puntos fuertes

- Una tesis clara y mantenida de principio a fin. La distinción entre recolección y saqueo se pone a prueba con los hechos.
- Un material histórico denso, puesto en escena mediante episodios concretos (el Valle de los Reyes, Rosetta, la amenaza de Geoffroy).
- Escenas potentes, entre ellas Malta, la noche de Guiza, la cena de Hamilton y la amenaza del yesquero.
- Un tono mesurado. La novela expone más que condena, y deja que el lector juzgue.

Límites y puntos de atención

- La tesis la enuncian numerosos personajes, lo que la hace muy legible pero crea redundancias.
- La campaña de Siria queda reducida a unas pocas frases dispersas. La elección se entiende, pero la elipsis es brusca.
- Los egipcios están casi siempre mediados por el intérprete. El procedimiento es significativo, pero los mantiene en una posición secundaria.
- El capítulo IV está cargado de diálogos explicativos, que enuncian el balance moral más que hacerlo sentir.
- El centro de gravedad pasa de Denon a Jomard, Jollois y Fourier después de agosto de 1799 (Denon solo reaparece hacia el final, con su nombramiento al frente de los museos), lo que debilita el equilibrio de la segunda mitad.

9. Conclusión

El Tomo II de El Gran Saqueo es una novela del inventario moral. Sigue al Egipto de los sabios para mostrar que la recolección y el saqueo se distinguen por su destino más que por su gesto. Construido en torno a una tesis muy presente y a un cambio de tempo en su segunda mitad, la sostiene con escenas concretas y con una escritura sobria. Su última lección es también la más inquietante. Lo que Francia ha tomado, los británicos se lo toman a su vez, y los egipcios, por su parte, solo piden que se anote su nombre.

ANÁLISIS ESTILÍSTICO

Realizada por Pierre Collonges

«El Gran Saqueo»

Tomo II – La campaña de Egipto

Novela de Robert Casanovas

Introducción metodológica

Este estudio versa sobre el Tomo II de El Gran Saqueo («1798-1801 – La campaña de Egipto»). Se limita a este tomo, y las observaciones sobre la serie solo valen para él. Se lee en él la lengua, la construcción narrativa, las figuras retóricas, los registros y el tono de una novela que pone su forma al servicio de una cuestión moral. Los análisis léxico y sintáctico se apoyan en la lectura del texto entero, completada con algunos recuentos cuyas cifras, escasas, se dan solo como órdenes de magnitud. Todas las citas han sido comprobadas en el texto y reubicadas en su capítulo.

La novela opta por una escritura de investigación más que de efusión, hecha de frases cortas, de cifras, de listas y de sentencias. El lector es tratado como testigo, no como espectador, lo que explica el lugar concedido al inventario y al documento.

1. Una novela de focos múltiples — el relevo de las miradas

El relato no tiene un héroe único. La mirada de Denon domina la primera mitad. Tras su partida en agosto de 1799, Jomard, Jollois, Marcel y Fourier toman el relevo, y Denon solo reaparece hacia el final. Este cambio de foco permite a la novela pasar de la visión a la medida, y de la medida a la copia.

El narrador, fuera de la conciencia del personaje, completa su mirada con lo que este ignora (la construcción que sirve para ello se estudia en la sección 5). El efecto es doble. Da ironía a las escenas y recuerda que la perspectiva de los sabios es parcial.

> *«Moriría en un barco.»*

Capítulo I, sección 1 — Denon ante el Caravaggio, en Malta.

2. El inventario como forma — cifras, medidas, listas

La novela hace de los números una materia literaria. Las cajas pasan de 96 a 63, y la pérdida se lee en la disminución. La estimación de Jomard en Dendera (unos 200 objetos solo en ese templo, luego 2 500 para la campaña, «estimación baja») y los registros de Marcel (162 entradas) instalan una tensión por la sola contabilidad. El suspense no es de trama sino de balance.

Esta escritura da al lector la sensación del peso real de las cosas, según la ley que la propia novela enuncia. No es el valor lo que decide lo que parte, es el peso.

3. Dos regímenes de lengua — el formulario y lo sensible

El texto alterna un régimen administrativo (listas, formularios, actas, cláusulas) y un régimen sensible (luz, piedra, manos, noche). El primero es seco y tiene autoridad. El segundo ofrece al lector lo que este ha perdido en el formulario. El contraste es un recurso, pues muestra lo que el procedimiento suprime.

Las escenas de copia, de medida y de dibujo son los lugares donde los dos regímenes se tocan. Ahí es donde la lengua alcanza su mayor rendimiento.

4. Análisis léxico — palabras, registros y figuras

Un verbo bisagra. «Tomar» es el verbo más cargado del tomo. Sirve a todos. Fourier «tomó la pluma», Clarke anuncia «tengo el encargo de tomar posesión de los manuscritos árabes» y los soldados «tomaban». El sentido de apropiación no reside en el verbo, que sigue siendo el mismo, sino en quien habla. «Tomar» es la palabra general bajo la que se agrupan las que la novela contrapone, saquear por un lado, coleccionar, seleccionar y extraer por el otro. Conté saca la conclusión ante Jollois.

> *«Sus tierras, sus estatuas… —dijo—. Es lo mismo. Tomamos lo que nos interesa y lo llamamos ciencia.»*

Capítulo III, sección 3 — Conté, a Jollois.

El eufemismo y la lucha de los nombres. La novela muestra palabras que se relevan para decir el mismo gesto. La palabra «saqueador» designa casi siempre a otro, los saqueadores de la Antigüedad («Los saqueadores ya habían trabajado»), los fellahs, los soldados. Los sabios solo se la aplican en la palabra o en el escrito privado, como Denon en su diario («cuál es la diferencia entre un saqueador y un sabio en una galería oscura»). Cada momento tiene su eufemismo. «Extraer» es la palabra del laboratorio y de la obra, «incautar» la del capítulo IV, cuando los británicos aplican una cláusula. Berthollet resume esta lucha («Lo que Bonaparte llamaba expedición científica, Berthollet lo llamaba, en sus notas privadas y con más exactitud, operación de adquisición»), donde el adverbio «con más exactitud» presenta su versión como una corrección. La palabra justa, «robado», no llega hasta el final, apoyada por el narrador («Lo que había robado —y la palabra era exacta, cualquiera que fuese la justificación— estaba en Londres»).

De los dibujos a la caja. El vocabulario cuenta el movimiento del tomo. Los verbos de la vista y del trazo (mirar, dibujar, medir) dominan los primeros capítulos, mientras que las palabras del embalaje y de la entrega (caja, colección, registro, incautación) invaden los últimos. El léxico de las armas cede igualmente su lugar al de los expertos, los comisarios y el procedimiento cuando llega el momento de rendir cuentas. La novela pasa así de la mirada a la contabilidad, y el vocabulario lleva su huella antes de que el relato la diga.

Cuatro registros. El registro administrativo («convenio», «artículo dieciséis», «salvoconductos», «acta», «a título provisional») es seco y tiene autoridad. Gusta de las palabras muy amplias, como «con sus armas y su equipaje» en el convenio de capitulación, lo bastante generales para que cada bando ponga en ellas lo que quiera. El registro monumental es el de Bonaparte ante las tropas («Soldados, desde lo alto de estas pirámides, cuarenta siglos os contemplan»), donde el tiempo se personifica como espectador. El registro familiar e irónico es el de Monge («Estamos aquí para comprender, amigos míos. No para conquistar —otros se encargan de ello muy bien.») y el de Kléber, que concluye ante la piedra de Rosetta con un «Me gusta» de oralidad franca. El registro de la crónica, por último, domina las batallas, con frases breves, fechas y hechos. Los personajes se distinguen por el registro más que por la sintaxis.

Precisión y prudencia. El fondo es concreto («caja», «mano», «piedra», «cuaderno»), y los términos técnicos («granodiorita», «natrón») son escasos y aparecen donde el objeto los impone. Las cantidades se escriben casi siempre con todas las letras («un solo bloque de veinte metros y medio de altura, casi trescientas toneladas»), lo

que hace del número una palabra como otra cualquiera y lo instala en el ritmo de la frase. La incertidumbre se dice con vocabulario de precisión, como en la nota de Jomard («orden de magnitud dos mil quinientos objetos. Estimación baja. No verificable.»). Los adjetivos de valoración están casi ausentes, y la emoción pasa por los actos más que por el epíteto.

Las figuras de palabra. La novela usa poco la metáfora. Cuando aparece, es visual y sobria, como en esos fragmentos de vendas «esparcidos sobre el suelo calcáreo como una nieve parda». Prefiere los juegos de sentido y de sonidos. «Monumento» y «documento» («sustituir el monumento por un documento que viaje mejor») casi riman y se oponen, pues el monumento es inmóvil y el documento viaja. «Columna» designa la columna en marcha, la columna del templo y la columna de cifras, lo que permite a Costaz pasar los folios «con el dedo sobre la columna de los pesos, como quien lee un balance de saqueo». «Comisión» pasa de la institución erudita a los comisarios británicos, y la legitimidad pasa con ella. El quiasmo, por último, muy discreto, cruza los adjetivos («La tierra egipcia en saquitos de tela francesa»), de modo que el origen y el recipiente intercambian sus nacionalidades.

5. Sintaxis, figuras de frase y tono — la frase de los sabios y de los soldados

La sintaxis del Tomo II descansa en la brevedad, en la elipsis y en la ausencia casi total de nexos lógicos. Produce un tono, sobrio, contenido, a menudo irónico, que es la firma del libro.

La frase de cuaderno. Muchas frases de narración carecen de verbo conjugado. Son fragmentos que retoman la manera de los cuadernos, medida («Setenta y cinco metros.»), estado («Corriente moderada.»), duda («O quizá nada.») o decisión («Decidido no tomar.»). El último ejemplo es un participio sin sujeto. El que decide se difumina en él, y la decisión de abstenerse queda consignada como un dato más. El narrador y los personajes escriben así en el mismo registro, el del apunte.

Acumulación y asíndeton. Las frases más largas son enumeraciones o apilamientos de relativas. No subordinan, añaden. La que presenta al intérprete Venture de Paradis encadena tres relativas, la última de las cuales se abre al futuro («que pasaba los días traduciendo para Bonaparte y las noches escribiendo un diccionario árabe-francés que nunca terminaría»), y su simetría entre los días y las noches da a la vida del intérprete una forma de condena. En el capítulo II, una larga frase hace desfilar en simples grupos nominales los objetos de un mercado («ushebtis de madera pintada, figurillas de fayenza que representaban a Horus, Isis, Anubis, escarabeos de todos los tamaños, amuletos de piedra»). La coma hace allí las veces de verbo, y la lista, sin orden ni jerarquía, imita la circulación de los objetos de mano en mano.

Parataxis, o la rareza de «pues». El nexo causal «pues» es de una rareza extrema en los cuatro capítulos, y «por tanto» casi nunca. El vínculo lógico se lee entre dos frases y no en un nexo. «Ya no había correo regular desde Abukir. La escribió de todos modos.» yuxtapone la razón para no escribir y el hecho de escribir, y «de todos modos» hace el trabajo de una concesión. «Aun así las buscaba. Era su manera de tener miedo.» sitúa la causa después del efecto, sin presentarse como una explicación. El procedimiento da al relato su sequedad de acta y deja al lector el cuidado de concluir.

Lo que… es que… La construcción que parte la frase en dos, con «Lo que» a la cabeza y luego «es que» o «era» para entregar el objeto anunciado, es la figura preferida del narrador. Sirve sobre todo para decir lo que un personaje no ve, no dice o no traduce («Lo que no había traducido era el tono», «Lo que Monge no podía ver desde el interior del cuadro, los oficiales a caballo lo veían»). El objeto no se nombra de entrada, se retiene y luego se entrega, y la forma de la frase reproduce la información que se escabulle. Es un procedimiento de suspense, que dosifica el efecto de revelación. La misma construcción sirve para los balances. En la coda, opone

lo que Francia ha conservado a lo que ha tomado («Lo que Francia conservó verdaderamente de Egipto fueron ciento sesenta y siete cerebros y las ochocientas noventa y cuatro láminas que habían producido»).

> *«Lo que Jomard no decía —lo que no había dicho a nadie desde la salida de Alejandría— era que la hipótesis lo asustaba tanto como lo entusiasmaba.»*

Capítulo IV, sección 5 — La travesía.

Antítesis y rectificación sin «sino». Varias sentencias yuxtaponen una negación y su contrario con un simple punto («No era una ruina. Era un vecino.»). La frase de Denon en su diario («Nosotros recogemos para París. Ellos saquean para sí mismos.») se basa en dos frases del mismo molde, donde solo cambia el complemento introducido por «para», es decir, el destino. Su antítesis («Ellos se llevaban lo que creían tesoros. Nosotros nos llevamos lo que creemos conocimiento.») solo cambia el pronombre, el tiempo y el último nombre, y el mismo gesto se convierte en su contrario por un desplazamiento de tres palabras. Las frases sin verbo que empiezan por «No» («No el valor. No la importancia histórica. El peso.») preparan la afirmación con una serie de negaciones, y la gradación se detiene en una sola palabra.

Paralelismo, repetición y elipsis. Al texto le gustan las frases simétricas en las que el verbo se dice una sola vez. «Los romanos habían saqueado los templos para construir, los árabes las construcciones romanas» encadena los pueblos como se pasan las páginas de una cronología, heredando cada nuevo sujeto el verbo sin repetirlo. La repetición produce el efecto inverso, un estrechamiento emotivo. Jomard busca con la mirada al soldado que llevaba un gato de fayenza y no lo encuentra, y luego la anáfora toma el relevo de la frase («El hombre existía. El gato existía. En algún lugar dentro de aquella cifra de dos mil quinientos»). Las dos frases idénticas en su forma reafirman una existencia que la cifra acababa de abstraer.

La frase del poder. Los poderosos hablan con frases breves y con modos de abstención. «Ocupar bastará. Para lo que quiero hacer.» emplea un infinitivo como sujeto, lo que suprime todo agente, y luego deja el contenido real en una relativa sin antecedente. El verbo «poder» se convierte en un verbo de rechazo. Bonaparte lo emplea para eximirse («Lo que los soldados se llevan en sus morrales, no puedo impedirlo»), y Hamilton responde de la misma manera a Fourier («No puedo comprometer el siglo próximo»). La impotencia exhibida por los hombres de poder es la forma sintáctica de la irresponsabilidad. La distinción de Bonaparte entre Francia y los soldados se resuelve igualmente mediante una aritmética de verbos, tres para Francia y uno solo para los soldados.

> *«Francia no saquea. Selecciona, documenta y conserva. Los soldados saquean.»*

Capítulo II, sección 1 — Bonaparte, a Denon.

Puntuación y diálogo. Los puntos suspensivos, casi todos en los diálogos, se instalan en el momento de la confesión («Sus tierras, sus estatuas…»). La exclamación es tan rara que se nota, y está reservada al entusiasmo de los sabios («¡el mismo problema, amigos míos, el mismo!»). La incisa pasa por la raya, que lleva el saber del narrador a la frase del personaje («Lo que no había dicho —y que formularía años más tarde, en sus notas para la Description— era que aquella asimetría»). En los diálogos, el verbo de habla es casi siempre «dijo», y la incisa corta a menudo la réplica tras su primer segmento («¿Y nuestras colecciones? —dijo Geoffroy—. ¿Y ellas, cómo vuelven?»). El sujeto se enuncia al principio y se retoma luego con «ellas», como se habla.

El ritmo de la crónica. En las escenas de acción, el relato pasa al pretérito indefinido y acorta sus frases hasta la cuenta atrás. «Cargaron a todo galope durante trescientos metros. El cuadro de Desaix esperó. Doscientos cincuenta metros.» La carga se mide en metros, como todo en este libro, y el último fragmento, sin verbo, hace oír la espera de los cuadros mejor que un comentario.

Un tono contenido. El narrador evita el epíteto emotivo. La emoción pasa por el detalle, la pausa, el gesto. A la vuelta a Tolón, Jollois «no besó el suelo», y este rechazo de un gesto esperado dice su estado mejor que una frase de sentimiento. Cuando la pena es más viva, adopta la forma de una constatación («Sobre la página, la cifra no

pesaba nada. Designaba sin embargo dos mil quinientos objetos»), donde la antítesis entre «no pesaba nada» y «designaba sin embargo» recuerda la ley del peso que gobierna todo el libro.

Lítote e ironía. La ironía del narrador es discreta y pasa por la lítote y la concesión. Tras el balance sobre Londres y París, «El consuelo no era pequeño» puede leerse en los dos sentidos. La respuesta de Hamilton a Fourier se califica con dos adjetivos separados por una coma («La respuesta era honesta, e insuficiente»), el segundo de los cuales quita al primero casi todo su valor. La confesión de Denon («Es ahí donde nos parecemos a ellos») utiliza el mismo resorte, una comparación dicha en voz baja. El tono sigue siendo así el de la mesura, que sugiere más que condena.

Sentencia, remate, estribillo. La sentencia corta, colocada al final del párrafo, adopta las tres formas de la rectificación, la antítesis y el atajo («Las estatuas en Londres, el saber en París.»). Su retorno regular da al libro su fuerza de memorización y le sirve de firma. Funciona como un estribillo, pero roza el amaneramiento, como señalan los límites del apartado 11.

6. Escribir para no olvidar — cuadernos, cartas, copias

Casi todos los personajes escriben. Denon lleva su diario, Jomard sus cuadernos, Marcel su registro y Fourier su prefacio. La novela hace de la escritura una respuesta a la pérdida anunciada, y de la copia un gesto moral tanto como técnico.

La frase «Las copias… son ellas el verdadero botín» condensa esta idea. Prepara también la ironía final, puesto que lo que se ha salvado es lo que cabía en un rollo.

7. La voz del otro, mediada — el intérprete y el discurso referido

Los egipcios hablan casi siempre por mediación de Hassan o de otro traductor. La forma dominante es el discurso referido («Dice que…», «Dice que lo comprende»). Este procedimiento es una figura, pues hace sensible que la voz del otro no se oye directamente.

El pasaje más significativo es aquel en que Mahmoud al-Tawil pide que se anote su nombre, cuando acaban de negarle sus estatuillas. Es su hijo quien traduce, y la petición se acepta. Es uno de los raros momentos en que una voz egipcia consigue quedar inscrita.

> *«Dice que lo comprende. Y dice que, aun así, anote su nombre.»*

Capítulo IV, sección 3 — La ética de los expolios.

El deslizamiento del estilo indirecto hacia la orden es el efecto sintáctico central de la escena. El verbo «decir» se repite tres veces en dos frases («Dice que…», «Dice que lo comprende», «Y dice que, aun así, anote su nombre»), y la última proposición cambia de modo. Tras «que» ya no viene el indicativo del discurso referido, sino «anote», un subjuntivo que reproduce el imperativo de cortesía con que el mercader se dirige a Hamilton. La petición no se suaviza en un «pidió que anotara», y tampoco va entre comillas. La palabra del mercader atraviesa la mediación en el momento en que la forma referida la mantenía a distancia. La locución «aun así», que marca la concesión, dice en dos palabras la persistencia de quien no ha obtenido nada. La novela nombra también lo que la mediación recorta. En el capítulo I, Hassan había traducido exactamente la frase del fellah y «Lo que no había traducido era el tono».

8. La materia y el gesto — piedras, manos, luz

La novela presta atención a las materias, de la granodiorita al papiro, del limo a las resinas y al natrón. Las manos (las de los copistas, los tejedores, los regantes) son en ella un lugar de saber. La fórmula «las manos saben» instala un saber corporal que los institutos no tienen.

La luz sirve de puntuación con las lámparas de vigilia, el alba sobre el Nilo y la noche de Guiza. Marca las entradas y las salidas de escena y da al relato su respiración.

9. El narrador que sabe — prolepsis y registro de crónica

El narrador excede la conciencia de sus personajes. Anuncia el obelisco de la Concordia, el papiro Cadet, la presa de Asuán, y da a la escena una profundidad histórica. Estas prolepsis inscriben el texto en la memoria de las restituciones actuales, sin nombrarlas jamás.

Para las batallas de Abukir y de Heliópolis, cambia de registro y adopta el tono de la crónica, con frases más breves, fechas y hechos. Este cambio señala que la historia militar no es el objeto, y que la verdadera escena se juega en otra parte.

Los tiempos del relato son los del fondo y del porvenir. La narración está dominada por el imperfecto, que sostiene el decorado, el hábito y el inventario, mientras que el pretérito indefinido, muy raro, marca el acto breve («La escribió de todos modos»). Los tiempos de la prolepsis son los del futuro en el pasado. «Moriría en un barco» emplea el condicional para dejar al personaje en su presente al tiempo que desvela al lector lo que le espera. Este condicional se vuelve más frecuente en el capítulo IV, donde se concentra el porvenir (el obelisco «sería erigido en la plaza de la Concordia en 1836», la disputa de Geoffroy y Cuvier). «Para Denon, en el Louvre, el trabajo no hacía más que empezar. Las campañas iban a reanudarse» emplea dos imperfectos, el segundo de los cuales es la perífrasis «ir a + infinitivo». La restricción «no… más que» dice a la vez la brevedad de lo ocurrido y la amplitud de lo que viene. En la última frase («Y con las campañas, las colecciones»), no hay verbo, y la simple coordinación hace de las colecciones la continuación de las campañas.

10. Ritmo, veladas y arquitectura de conjunto

Las secciones se cierran a menudo con un gesto, un silencio o una espera (y, hacia el final, con una lámpara y la constelación de Orión), y el relato avanza por escalones. El ritmo oscila entre escenas largas (Dendera, la cena de Hamilton) y atajos de crónica (la campaña de Siria), lo que evita la monotonía del inventario.

La arquitectura es circular. La novela se abre en el muelle de Tolón y se cierra en París, donde Jollois retoma la nota sobre Karnak bajo el mismo Orión que sobre las pirámides, y después el tomo termina con Bonaparte y Denon. El final queda abierto. «Para Denon, en el Louvre, el trabajo no hacía más que empezar. Las campañas iban a reanudarse.»

11. Límites estilísticos

- El discurso referido, opción asumida, mantiene a distancia las voces egipcias, y su retorno bajo la misma forma reduce la variedad de la frase.
- La sentencia de remate, a menudo colocada al final del párrafo, se convierte en un procedimiento previsible y roza el amaneramiento, pues algunas escenas se cierran con una fórmula que el lector ya ha adivinado.
- El léxico de la toma sigue siendo muy reducido, y «tomar», «saquear» y «coleccionar» vuelven sin cesar. Esta repetición hace la fuerza de la tesis, pero reduce la variedad de las palabras ante un fenómeno que

admite muchos otros nombres. La novela emplea además muy pocos adjetivos de valoración, lo que mantiene la sequedad pero priva al objeto descrito de su color propio.

- La elipsis del verbo, muy presente en las réplicas, acaba dando a los sabios, a los generales y a los mercaderes una misma dicción, aunque sus posiciones se opongan. La escasez de «pues» y de «por tanto» vuelve igualmente la argumentación de los personajes más uniforme de lo que debería ser.

Conclusión

El Tomo II de El Gran Saqueo descansa en una escritura de investigación que cuenta, mide, cita y rectifica. Su primera cualidad es la coherencia entre forma y propósito, puesto que el inventario es a la vez el tema y el método. El recuento del texto entero lo confirma a escala de la palabra y de la frase. El léxico gira en torno a un verbo sin brillo, «tomar», y se desliza del dibujo hacia la caja. La sintaxis suprime los nexos lógicos, multiplica los fragmentos sin verbo y reserva la construcción «Lo que… es que…» para lo que escapa a los personajes. La sentencia, frecuente, hace allí de estribillo, y el libro está en su mejor momento cuando deja hablar a los objetos y a los silencios.

> *«No fue Egipto quien nos invitó.»*

Capítulo IV, sección 3 — Geoffroy, en la cena de Hamilton.